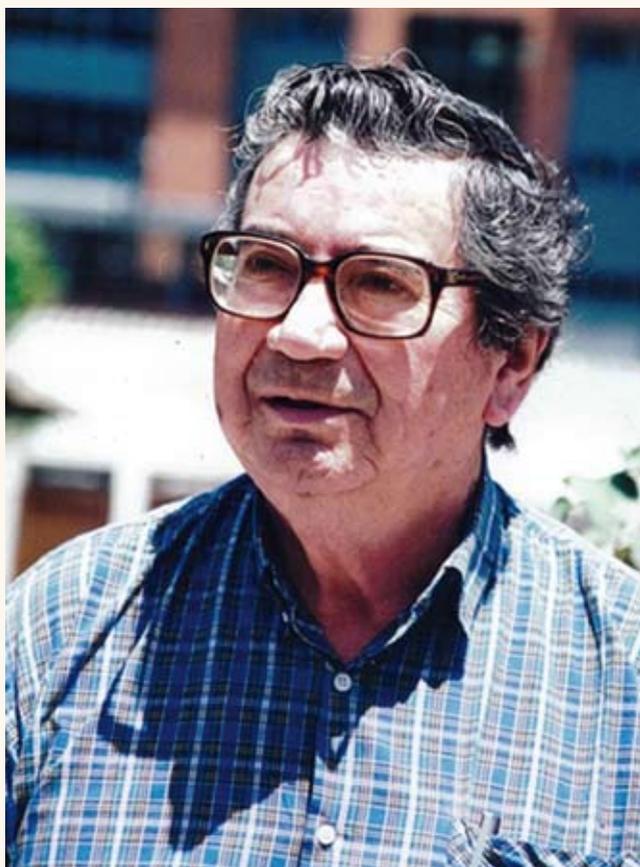
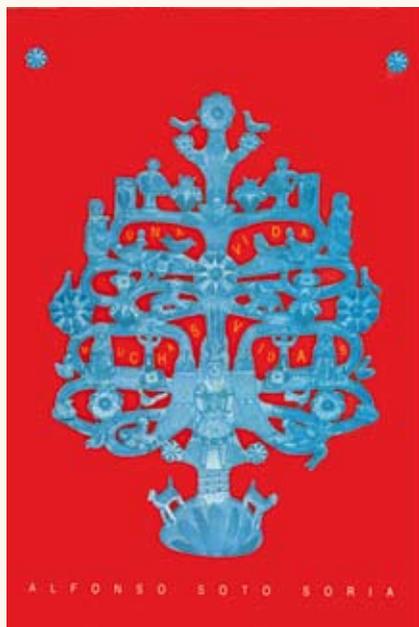

ALFONSO SOTO SORIA
UN SER HUMANO

CLAUDIO MALO GONZÁLEZ



Alfonso Soto Soria es un diseñador a carta cabal. Inquieto por todo lo que sea o aparente ser belleza, ha incursionado por innumerables campos y hecho frente a múltiples retos en la vida. Se puede llegar a ser diseñador matriculándose en la escuela correspondiente de alguna universidad, aprobando los años o créditos requeridos y obteniendo el título luego de trabajar con afán una tesis. Como en todas las profesiones el título no hace al profesional, es el punto de partida para “hacerse” en la universidad de la vida e ir estructurando una personalidad vinculada al tipo de quehacer elegido.

Los caminos recorridos por Alfonso han sido heterodoxos para culminar en el ilimitado universo del diseño, especialmente en el circunscrito a las artesanías. Pese a “sanos” consejos que le pedían estudiar una profesión que de manera realista le garantice medios económicos holgados para gozar de la vida, se matriculó en la escuela de arte, pudiendo en él más el atractivo de la belleza que el de promisorios dólares. El contac-



to y trabajo con grandes de la pintura mexicana como Diego Rivera y Carlos Mérida enriquecieron su espíritu y disciplinaron su sentido del deber.

Estudió luego Antropología Cultural abriendo a través de esta disciplina su alma a otros tan diferentes mundos, a veces desconocidos pese a encontrarse en las narices. México es casi con seguridad el país de América Latina en que con más variedad, fuerza y vehemencia se da la pluriculturalidad. A diferencia del mundo andino en el que el incario logró en alto grado unificar la gran multiplicidad de grupos humanos como lo demuestra el predominio del Quichua, México ha mantenido esa diversidad con asombrosa pureza, sin que se pueda hablar de un idioma preponderante.

Como ha ocurrido casi siempre en su vida, Alfonso Soto no se engolosinó con las atractivas teorías y lo que aprendió en las aulas lo constató y trasladó al mundo real. Los Huicholes, Yaquis, Mayas, Coras, Otomíes –por citar algunos casos- testificaron vitalmente las notables diferencias existentes entre sus culturas y la blanco mestiza predominante en el mundo en el que se desarrolló. En los múltiples viajes que he realizado con él, en los cursos dictados en varios países y localidades, he podido constatar su gran sentido de observación, su inusual capacidad para descubrir y encontrar aquello que el común de las personas no está en condiciones de hacerlo. Entre las múltiples virtudes de la Antropología Cultural está la de afinar el sentido de observación y descubrir una serie de contenidos distintos, al margen de los condicionamientos culturales de los que no es fácil escapar.

Diseñar es tarea extremadamente compleja en la que tienen que confluir armoniosamente la sensibilidad estética que frecuentemente recibe el nombre de buen gusto, un sentido práctico que permita trasladar lo bello a lo útil y funcional, aspirando a un equilibrio entre estos elementos. Creatividad para estructurar ideas y buscar soluciones

adecuadas, disciplina, enorme disciplina, para pasar de las ideas a las propuestas concretas; conocimiento de las posibilidades y límites de los materiales a los que los diseños deben ser trasladados, enorme sentido crítico para hacer un seguimiento del proceso de eje-



El Profesor Alfonso Soto Soria, con Clara Jaramillo y Eduardo Tepán, en las instalaciones del Forum Mundial de las Culturas, Monterrey México en el 2007

cución controlando los pasos y los resultados para evitar distorsiones y tergiversaciones.

Puede el artista darse la gran satisfacción de soñar y de trasladar al lienzo, en el caso de los pintores, esos sueños que han atormentado su interior con el riesgo de impactar fuertemente en el gran público o recibir su indiferencia. El diseñador no puede darse estos lujos. Se diseña siempre para alguien (no importa si pocos o muchos) lo que obliga a controlar esos sueños y a pensar necesariamente en el usuario del producto final y en los prosaicos condicionamientos del mercado.

El mundo de los museos ha sido también ampliamente incurionado por Alfonso. Haciendo una analogía -quizás traída por los cabellos- con la famosa frase citada por Machiavelo: “la mujer del César no sólo debe ser sino parecer”, aquello que se exhibe en un museo no solo debe contener méritos intrínsecos que justifiquen su selección, sino que debe estar expuesto en forma tal que esos méritos sobresalgan y de alguna manera impacten atractivamente en el público. Manejo del espacio, concepto de circulación, sentido de selección y priorización, entornos de colores, iluminación, capacidad para resaltar, son algunos de los múltiples elementos vinculados a la organización y puesta en funcionamiento de un museo. También en este caso tiene que conjugarse la belleza y la funcionalidad dirigidas al gran público a quien un museo está destinado.

El Dr. Daniel Rubín de la Borbolla, indiscutiblemente pionero de la nueva concepción de los museos, solía afirmar que estas instituciones son las universidades de los pueblos enfatizando en el sentido docente de los mismos. Los visitantes entran para aprender seleccionando ellos sus horarios, sus recorridos y sus preferencias, pero para que se cumpla a cabalidad con este propósito es fundamental que se pongan las condiciones más apropiadas a fin de que el vi-

sitante incorpore a su ser, de manera ordenada y sistematizada, la mayor cantidad posible de conocimientos y emociones durante su visita, para ello hay que recurrir a los avances tecnológicos, pero sin distorsionar las peculiaridades que cada museo tiene y los mensajes que se pretende transmitir.

Otra de las múltiples facetas de Alfonso Soto es la del docente. En su ejercicio le conocí al compartir esta tarea desde 1979 en los Cursos de Diseño Artesanal y de Artesanos Artífices que en varios países y durante casi veinte años han sido organizados por el Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares. Muy lejos del apergaminado catedrático que sobrevalora la apariencia física convencional para lograr respetabilidad, a veces creando innecesarias lejanías, más lejos aún de quien pretende compensar su desconocimiento de lo que enseña mediante postizas informalidades. En sus clases sobresalen la seguridad propia del que sabe y la sencillez de quien considera la docencia como una actividad en la que se comparte todo, sin egoísmos ni restricciones. En la que, por la naturaleza de lo que se enseña, lo teórico y lo práctico tienen sus espacios e interconexiones claramente definidas.

Al leer el libro “Una vida, muchas vidas”, aflora la multifacética personalidad hecha vida de Alfonso Soto. Si se me pregunta cuál de sus múltiples personalidades, cuál de sus muchas vidas aprecio y admiro más, diría que aquella que es el denominador común, el hilo conductor de todas: su gran calidad humana. ¿Cuál sería el título que mejor encuadre con esta creativa diversidad? Afirmaría, sin titubear el de SER HUMANO.